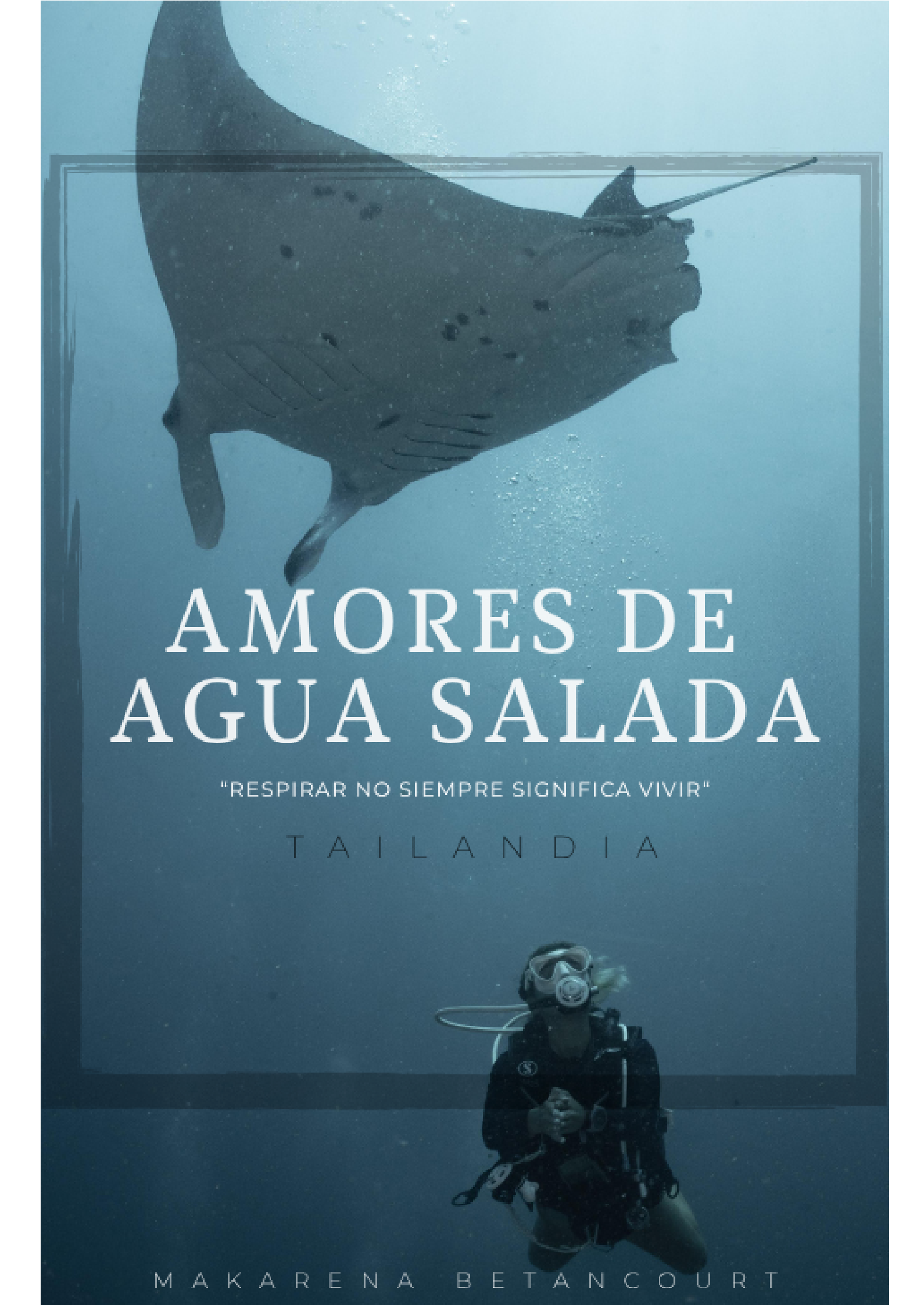


AVISO LEGAL Y DERECHOS RESERVADOS

Título: AMORES DE AGUA SALADA

Autora: Makarena Betancourt Aragón

© 2026. Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa y por escrito de la titular del copyright. El contenido de esta obra es de carácter personal y testimonial. Registro de Propiedad Intelectual en curso a través de Safe Creative.



AMORES DE AGUA SALADA

"RESPIRAR NO SIEMPRE SIGNIFICA VIVIR"

T A I L A N D I A

M A K A R E N A B E T A N C O U R T

Sinopsis

¿Qué harías si descubres que la vida que construiste es, en realidad, tu propia cárcel?

"Me siento atrapada en mi propio cuerpo, en mi propia mente..."

Morgana tiene 28 años, un departamento hermoso y un alma rota. Su vida es una sucesión de máscaras: la hija perfecta, la profesional exitosa, la pareja de un hombre cuya frialdad la desgarró. Cuando la rabia estalla y las adicciones dejan de ser un refugio para convertirse en una prisión, solo queda una salida: el océano.

De Santiago de Chile a las costas de Tailandia, esta es una historia sobre el derecho a empezar de cero, sobre la libertad de soltar los traumas y sobre la inquietante sospecha de que, por mucho que nades, tus sombras siempre sabrán nadar mejor que tú.

Agradecimientos

Si has sentido que la vida que llevas no es la que deberías estar viviendo; si buscaste en lugares equivocados y te perdiste en caminos oscuros, te invito a que leas este relato. Todos tenemos un océano esperándonos, un lugar donde podemos respirar de nuevo, conectar con los demás y descubrir quiénes somos realmente. Este libro no es sobre mi biografía ni tampoco un proyecto de autoayuda; es una historia para ver el mundo con otros ojos.

Gracias a Javiera por mostrarme el poema “a la mar fui por naranjas”, una metáfora que representa esa búsqueda absurda e irrealizable. A todos los que fueron parte de mi transformación y aprendizaje y que pusieron un pedazo de vida en este libro, también les agradezco.

Amores de agua salada: por cada amor que me entregó el océano, amor en todas sus formas.



Índice

Parte I- “A la mar fui por naranjas”

- 1.- Pasión y crueldad
- 2.- Sumergida
- 3.- Un nuevo mundo
- 4.- Cómodamente infeliz
- 5.- Vacíos
- 6.- El viaje
- 7.- Bienvenidos al juego

Parte II- “Amores de agua salada”

- 8.- Errores de principiante
- 9.- Sapos y procesos
- 10.- Compartimos la culpa
- 11.- Demencia
- 12.- Sal de ahí
- 13.- El Océano en mis ojos
- 14.- Lecciones de agua y tierra
- 15.- No te enamores corazón
- 16.- Detrás del azul

Parte III- “Abismos”

- 17.- Sin plan B
- 18.- Hambre de Aire
- 19.- Suavecito
- 20.- Sak Yant: La última marca

PARTE I

“A la mar fui por naranjas”

1.- Pasión y crueldad

Desperté con la cara empapada, los párpados pesados como si el dolor se hubiera adherido a ellos. *¿Dónde estoy? ¿Qué ha pasado?* La resaca retumbaba con furia, un recordatorio cruel de la noche que había dejado atrás, y entonces, como una daga, la memoria me atravesó. De golpe, me llegó la maldita pesadilla.

Estaba acostada al lado de mi pareja. La rabia y el remordimiento me oprimían el pecho hasta dejarme sin voz. No era justo para ninguno, lo sabía, pero yo seguía ahogada en ese enojo amargo mezclado con culpa tras la última pelea. Mi cuerpo, aún medio adormecido, lloraba.

Me levanté tambaleante hacia la cocina, en ese departamento que alguna vez fue un sueño hecho realidad. Hermoso, perfecto, tanto que dolía. Solía sentarme en el sofá, contemplando lo que habíamos construido juntos, lo perfecta que parecía nuestra vida... ¿acaso era solo una ilusión?

— ¿Dónde mierda has estado, Mor? Llegaste cerca de las siete de la mañana.

— ¿Eso es todo lo que te importa? ¿Dónde estaba? Ni te preguntas cómo estoy o cómo estás tú mismo —le contesté, impulsivamente. *¿Qué se supone que te responda?*

Sentí el estómago retorcerse, como si fuera a romperse en mil pedazos. Me dejé caer contra la pared de la cocina, abrazando mis rodillas mientras escondía la cabeza en ellas y estallaba en un llanto tan profundo que el aire se me negaba. Muy en el fondo, deseaba que él, Vicente, me sostuviera y que con su fuerza lograra calmarme. Pero, ambos sabíamos la verdad: pocas veces conseguía consolarme cuando el dolor era más grande que cualquier explicación lógica. Y ese día yo estaba más allá de las palabras.

Como siempre, se quedó parado, mirándome con esa frialdad que ya conocía demasiado bien. Dos años juntos y todavía no sabía cómo acercarse a mí en esos momentos. Tal vez nunca quiso aprender. Su mirada era un espejo roto que reflejaba todo en lo que nos habíamos convertido: dos extraños atrapados en una monotonía que hacía tiempo dejó de incluir pasión.

Esta vez, sin embargo, su indiferencia me quemaba menos que la verdad que llevaba dentro. Sentía el peso de lo que había hecho anoche, y aunque mi cuerpo aún temblaba con el recuerdo, no era placer lo que recorría mis venas. Era una confusión tan

amarga, tan desesperante, que me hundía con cada lágrima.

Las imágenes de la noche anterior volvían a mí, nítidas y crueles. Me veía teniendo sexo, intenso, pasional con Alex, buscando algo que no sabía nombrar, pero que en ese momento me parecía lo único capaz de ahogar el odio que sentía hacia Vicente. Deseo, asco, culpa... todo se mezclaba en un torbellino que me hacía preguntarme si alguna parte de mí lo disfrutó, si quería más, o si solo fue una forma de castigarme.

Me sentía atrapada en mi propio cuerpo, en mi propia mente, sin poder descifrar si estaba arrepentida o si ya había cruzado un punto de no retorno. Vicente no merecía esto, nadie lo merecía, pero anoche... Anoche el odio me había cegado, me transformé en alguien que no reconocía y en ese abismo busqué desahogarme de la peor manera posible. La noche había sido un torbellino de emociones que me arrastró más allá de lo que creía posible. Recordaba cada movimiento, cada caricia impregnada de un deseo desesperado por escapar, por encontrar un alivio al dolor que me carcomía por dentro. Un refugio efímero, un lugar donde por un momento dejé de ser yo misma.

Otras manos recorrieron mi piel con una urgencia que me hizo olvidar la razón por la que estaba allí. Sentía su respiración acelerada mezclarse con la mía, los latidos de su corazón resonando en mis oídos como un tambor que marcaba el paso de una marcha hacia lo inevitable. Fue carnal, sí, pero también fue una huida, un intento de colmar ese vacío que sabía que no podía ser llenado.

Cada roce, cada suspiro, eran placer y dolor; un recordatorio de lo lejos que estaba dispuesta a ir con tal de no enfrentar la realidad. En medio del acto sexual, un pensamiento cruzó mi mente, punzante: si bien no era lo que quería, en ese momento era lo único que tenía. Mientras todo se desbordaba y el clímax de la velada alcanzaba su pico más alto, no sentí el éxtasis de un cuerpo satisfecho sino que una profunda tristeza. Un abismo aún más grande que antes se desgarró dentro de mí.

Cuando todo terminó y los ecos de nuestros jadeos se desvanecieron en la oscuridad, me di cuenta de lo poco que había logrado. Nada había cambiado. El odio seguía allí, la culpa se había multiplicado y yo... yo estaba más perdida que nunca.

Todo había comenzado la tarde del viernes, cuando el sol se despedía a las 6:00 PM. La rabia que había acumulado en mi pecho, enraizada tras meses de desdén y frustración, estalló con una ferocidad que ni yo misma podía haber anticipado. Mi casa, nuestra casa, esa jaula de desdicha, fue testigo mudo de la tormenta que se desató.

Vicente, como de costumbre, se preparaba para una de sus salidas con sus compañeros de trabajo. Era una tradición que se repetía con una frecuencia que me resultaba insoportable. Lo que solía ser una salida inofensiva, una pausa para él, se había convertido en símbolo de mi angustia, una representación de su indiferencia hacia nuestra relación.

Nos enzarzamos en una discusión trivial, como muchas otras veces: el desorden en la casa, la pila interminable de platos en el fregadero, la ropa olvidada en la secadora. Tareas mínimas, insignificantes a primera vista, pero que para mí eran el epicentro de una montaña de resentimientos que él solía minimizar, como si esas pequeñas cosas no tuvieran importancia alguna.

La conversación empezó como un susurro amargo, una queja que se filtró entre las paredes desgastadas del hogar. Rápidamente creció y se extendió como una llama en un bosque seco. Las palabras se volvieron gritos y los gritos en una cacofonía de dolor. La sala se convirtió en un campo de batalla donde cada reproche era una explosión, cada acusación una llama que avivaba el incendio.

— ¡Siempre es lo mismo contigo! —alegué, mi voz quebrada por la furia rasgaba el aire. — ¡Nunca haces nada! ¡Nunca pones de tu parte!

Él, con el rostro tenso y sus ojos marrones ardiendo, intentó mantener la calma, pero su paciencia se desmoronó rápidamente. Cada palabra que salía de mi boca era un ataque directo a su ego y él respondía con desdén y frustración.

— ¡Me tienes podrido! —exclamó, levantando la voz en un tono que era tanto súplica como demanda. — ¡No es justo que me hagas sentir que soy el culpable de todo!

La explosión fue inminente. En un momento de ira desenfrenada, me lancé hacia él, empujando su pecho delgado con una fuerza que no sabía que poseía. Vicente, sorprendido, tropezó hacia atrás mientras su rostro se torcía, respondiendo con un empujón igual de violento que me hizo caer de rodillas. La habitación se llenó de un silencio aterrador. En un impulso final, se dirigió hacia la puerta. Sus manos temblorosas de ira la abrieron de golpe y, sin apenas hablar, me dijo:

— Vete a la mierda.

Las palabras atravesaron el espacio como un cuchillo afilado. Me quedé en el umbral, sin poder moverme. Era difícil reconciliar la imagen que tenía de Vicente con la del hombre que me había empujado en ese acto de desesperación. Él, un joven flaco y bajo, con esa apariencia que siempre había irradiado una tranquilidad casi sobrenatural,

me parecía ahora una figura irreconocible. Sus ojos, que alguna vez destellaron un brillo de bondad y paz, estaban nublados. Su rostro, casi angelical, revelaba la tormenta oculta bajo la máscara de su calma habitual.

Se marchó.

Me quedé allí, con el corazón despedazado, mirando la puerta cerrada como si fuera el último vestigio de un sueño que alguna vez fue nuestro. La soledad y la desolación ocuparon toda la habitación mientras las lágrimas empezaban a rodar por mi rostro. La noche caía sobre la ciudad con una tristeza silenciosa y yo me encontraba atrapada en mi propio dolor.

Él nunca había sido violento. Todo lo contrario: era extremadamente frío y tranquilo, rasgos que habían causado en mí un profundo daño. Su capacidad para mantener la serenidad, para ser indiferente mientras yo luchaba con mis emociones, habían abierto una herida en mí.

A veces, cuando mi frustración alcanzaba su punto máximo, explotaba en gritos o lágrimas esperando desesperadamente a que él mostrara alguna reacción, aunque fuera mínima. Pero Vicente siempre estaba impasible, lo que me resultaba perturbador, e incluso, aterrador. Esa paz que tanto amaba en él, esa calma que me había atraído y fascinado, se empezó a sentir como una burla cruel, un contraste devastador a la tempestad que rugía dentro de mí. Esa cualidad suya se había convertido en mi fuente constante de dolor. La paradoja de amar y odiar esa calma que alguna vez me pareció irresistible.

Busqué en el alcohol un remedio para mi tormento. Abrí una botella de gin, vertí el líquido claro en un vaso alto y lo mezclé con cerveza de jengibre y un toque de limón, mi combinación favorita. Me dirigí al balcón que decoramos juntos, lleno de luces suaves, pero que ahora parecía tan desolado. Me senté en una de las sillas, observando la oscuridad que se extendía frente a mí, tratando de encontrar algún tipo de consuelo. El alcohol no lograba calmarme y mi mente seguía acelerada, atrapada en un torbellino de pensamientos caóticos. En otro intento por escapar de mi angustia, tomé una pastilla de clonazepam, un relajante muscular que solía sedarme con eficacia. Mi deseo por desaparecer, de encontrar alivio en el sueño, se hacía cada vez más fuerte.

En medio de esa desesperación, mi teléfono vibró con la llegada de un mensaje. Lo saqué del bolsillo con una sensación de esperanza. Sin embargo, el mensaje era de un viejo conocido, alguien que solía saber cómo distraerme en medio de crisis: Alex. El maldito

hijo de puta siempre olía cuando era el momento perfecto para aparecer:

“Hola Morgana, tanto tiempo. ¿Sabes que hoy hay fiesta de esas que te gustan?”.

Las palabras se deslizaron frente a mis ojos, una invitación para sumergirme en una distracción que podía ofrecerme un breve respiro. La fiesta, el bullicio y la compañía, todo parecía una tentación. Mientras contemplaba el mensaje, sentí una oleada de emociones. La idea de salir, de olvidar, de entregarme a la superficialidad de una fiesta, me atraía y aterrorizaba a la vez.

Miré hacia el horizonte, tratando de encontrar algún sentido a la confusión de mis sentimientos. La noche avanzaba y el dolor seguía siendo mi única compañía. La invitación a la fiesta se convertía en una promesa tentadora de olvido. Al menos, por un rato.

Sin pensarlo más, llamé a mi amiga, Catalina, rogándole que me acompañara. Cata, con su carácter apacible, solía evitar el bullicio. A sus 24 años prefería quedarse en casa con su novio, disfrutando de una vida estable y una existencia sin sobresaltos. Nunca comprendí del todo por qué se sentía tan a gusto de esa manera. Yo, en cambio, en mi descontrol constante buscaba desesperadamente una escapatoria. Cada vez me convencía más de que esta vida no era para mí, pero la presión de la rutina me atraparon en una espiral de duda y frustración.

—¿Mor, vas ebria? ¿Todo bien con Vice? —me preguntó Cata, preocupada, con su voz serena, pero con un toque de sorpresa por la súbita llamada.

—Amiga, va todo mal. Necesito que me acompañes a la fiesta, solo iremos unos minutos. Estoy realmente mal —respondí, sintiendo cómo el efecto del gin y la pastilla se filtraban en cada palabra.

Hubo un breve silencio al otro lado de la línea y luego escuché su voz, decidida y resignada.

—Ok, venite.

A la mañana siguiente, sentí la mirada de Vice fija en mí mientras lloraba de rodillas, inmóvil. Mi voz se había ahogado en la desesperación; todo lo que deseaba era un rincón de consuelo, un respiro de paz en medio de la tormenta que había desatado. Bajé la guardia, permitiendo que el silencio se apoderara de nosotros. No iba a preguntarle sobre sus actos de la noche anterior y él, con la misma pesadez, evitó mencionar el episodio.

Nos perdimos en una de esas interminables conversaciones sobre cómo mejorar

nuestra convivencia, esas charlas repetidas que me parecían vacías y sin sentido. En otros tiempos me habían dado tantas esperanzas, aunque en el fondo sabía que él seguiría siendo igual, atrapado en su esencia inmutable. Para que Vice o yo cambiáramos tendríamos que volver a nacer, pero por algún motivo, una y otra vez decidíamos continuar con nuestra vida juntos.

A los dos días de esa amarga pelea nos reencontramos en un encuentro cargado de pasión. Sentí, con cada fibra de mi ser, que él sabía lo que hice. Mientras me movía sobre él, su piel ardía bajo la mía, sus manos apretaban con una fuerza desesperada, como si tratara de atrapar lo que estaba a punto de perder. En ese instante, me invadió una tristeza tan profunda que mi corazón se rajaba. *¿Será nuestra última vez juntos?* Era posible que nunca más compartiéramos algo tan íntimo, tan esencial. Quise llorar, abrazarlo con todo lo que tenía, pedirle perdón por los errores que me habían llevado a ese punto. No quería perderlo. Anhelaba estar con él a pesar de todo el dolor que nos envolvía.

Llevaba mi secreto conmigo, enterrado tan profundo que creía que jamás saldría a la luz. No iba a permitir que una sola noche de odio, de caos, arruinara los años que habíamos construido juntos. Una parte de mí quería seguir aferrada a esa relación, al departamento que en algún momento fue mi refugio.

Siento que las infidelidades revelan dos cosas: o confirman que tu relación ya no te llena y te vuelves fría y distante, o te das cuenta de cuánto amas y valoras a tu pareja, entendiendo que cometiste un error al pensar que no querías estar con él y que la rutina los está matando. Me parece un cruel recordatorio de cómo una vida monótona, ahogada en la rutina, nos puede consumir por completo.

¿Por qué era tan normal vivir con alguien todos los días, sin excepciones? Es como comer sushi, mi comida favorita. Cada mañana, cada tarde, cada noche... al cabo se volvería inevitablemente una tortura, una rutina inhumana y aun así, Vicente y yo nos aferrábamos a lo que sabíamos que no funcionaría solo porque así estaba dictado. Luchábamos por mantener la ilusión, movidos por el egoísmo, por el miedo a la soledad, por el qué dirán, por evitar la condena de salir de lo tradicional, todo por no movernos de nuestra zona de confort.

Desde el principio supe que me había enamorado de la persona equivocada. Aunque me amaba, aunque fingía estar bien, él nunca había sido lo que yo realmente necesitaba. Su falta de romanticismo, de esa intensidad que yo respiraba como el aire,

eran cuchillos que me atravesaban lentamente. Había algo en él, en esa “vida perfecta” a la que jugábamos que me atrapaba. Sabía que en él de alguna forma lograba encontrar la calma, entre mi caos, mi depresión, el alcohol, las drogas, el descontrol... Él era mi ancla, la seguridad inquebrantable en medio de mi huracán. Pero, aunque nos amáramos, entendía que ese amor nunca iba a ser suficiente y que por más que me aferrara a eso, sabía que esa vida no era para mí, pero no conocía otra.

Después de ese episodio se instaló entre nosotros una tregua frágil; ambos necesitábamos un respiro de tanta emoción desgarradora. La aparente calma me dio un hilo de esperanza: tal vez estábamos volviendo a funcionar, tal vez la tormenta estaba cesando. Yo quería quedarme, quedarme en la familiaridad de nuestro hogar, nuestras cosas. Creer en que aún éramos "nosotros".

Pero el miedo se enroscó en mi pecho como un animal hambriento. Alex era impredecible, un ser dominado por impulsos. La idea de que pudiera llegar a escribirle a Vice me llenó de pánico. Como no era del todo estable, lo veía capaz de cualquier cosa: vengativo, iracundo, sin miedo a incendiarlo todo. Por eso, opté por no cortar la comunicación con él de golpe. Necesitaba mantener el control, persuadirlo de que no había motivo para hablarle, que todo seguía tranquilo. Era una estrategia de supervivencia. Pero la culpa... la culpa era un veneno lento y constante.

Llegué al punto de tomar el teléfono de Vice a escondidas y bloquear a Alex de Instagram. No podía darle ningún canal por donde irrumpir, pero... él sabía dónde vivía, me vino a dejar a casa... ahí estaba el hecho innegable: tenía rastros de mí. Mi correo, mis mensajes. Durante un mes entero estuve en un estado de paranoia que rozaba la locura. Me pregunté cómo lo hacían aquellos que eran infieles sin ser consumidos por ese terror. O acaso se acostumbraban a vivir con el riesgo latente de ser descubiertos.

2.- Sumergida

El vidrio frío de la ventana chocaba contra mi cabeza con cada pequeño salto del auto en la carretera. Afuera, la costa de Pichidangui se extendía en un horizonte de azules profundos y playas doradas, pero el clima aún tenía el filo helado de la temporada. Era mi primera vez allí. Nunca había tenido un motivo real para venir, hasta entonces.

Con un gorro de lana azul cubriendo mi cabello largo y dorado y el celular aferrado entre mis manos, fingía concentrarme en la pantalla. En teoría, aún estaba "trabajando" en horario laboral, pero desde "mi casa". Era viernes por la mañana y, aunque había dejado claro que ese fin de semana era mío, mi cabeza seguía atrapada en los quehaceres habituales. Problemas de clientes, correos urgentes, reuniones virtuales que esquivé con excusas baratas. Cómo odiaba mi trabajo. Creo que lo que más odiaba era hablar asuntos que no quería hablar con personas con las que no quería interactuar, y peor aún, tener que decirles cosas que no quería, dejando de ser yo por completo. Trabajar en algo formal es una transformación personal única; cómo cambiamos para adaptarnos a un lugar que no nos corresponde es algo impresionante. Nos ponemos caretas fingiendo ser formales, elocuentes, inteligentes y grandes personas.

De profesión soy publicista; me gusta crear, pensar, hacer cosas lindas y creativas, pero el tiempo y la vida me fueron llevando a un lugar de trabajo hostil. Era Manager de una empresa extremadamente burocrática donde solo tenía que seguir órdenes, revisar informes y análisis. Me sentía en una caja, asfixiada. No podía actuar según lo que yo pensara correcto o según lo que yo haría; solo tenía que cumplir lo que decía la persona arriba de mí, la cual trabajaba fuera del país, del continente incluso, por lo que no entendía cómo era el mercado acá. Lo pasaba mal, sin embargo, no quería buscar otras opciones. Ese trabajo me permitía trabajar desde casa, pues era una empresa internacional que no tenía oficinas en Chile, lo que era positivo y negativo a la vez: me permitía tener mucho tiempo libre, pero me encerraba en un mundo oscuro. *Qué frustración lidiar con esto.*

-¡Llegamos! -gritó Josefina, abriendo la puerta de golpe. Su voz estalló en el aire con una emoción que yo aún no alcanzaba. Josefina era una de mis grandes amigas, que

me había invitado a conocer parte de su mundo: el buceo. Hacía un par de meses que me llevaba insistiendo que la acompañara, pero lo había estado evitando por el frío; el agua en el mar chileno no supera los 12 grados, incluso en verano. Finalmente acepté y ahí estaba. Necesitaba hacer algo diferente en mi vida.

Levanté la vista y mi corazón se detuvo un segundo. El mar era una taza de leche, nada que ver con las costas bravas de Chile que yo conocía. Las olas apenas susurraban en la orilla, y el agua tenía un tono celeste imposible, como si hubiera sido retocada en Photoshop o como si estuviera en un país tropical, pero con frío. Era irreal.

-¿Cómo puede existir un lugar así aquí? -murmuré, bajando del auto. Me avergoncé un poco de lo ignorante que era de mi propio país.

-Te dije que te iba a encantar. ¡Vamos, la cabaña nos espera!

Caminamos por el borde de la playa cargando nuestras mochilas, yo llevaba solo una pequeña con lo justo para el fin de semana, un par de abrigos y primeras capas. Soy bastante friolenta y fui preparada. El viento frío me pegaba en las mejillas y el olor a mar me envolvía. Ese olor denso que sólo se siente cuando estás realmente cerca del agua, ese que me recordaba a las vacaciones más felices de pequeña. Pero, al mismo tiempo, en ocasiones también me parecía bastante desagradable, sobre todo cuando hay caletas cerca. El olor a pescado nunca me ha agradado en lo más mínimo; derechamente, me da un poco de asco.

La cabaña era simple, con ese aroma a humedad y madera encerrada que se pegaba a las paredes viejas. Me encantó. Me sentí cómoda de inmediato, como si el lugar me estuviera abrazando, pero siempre con un poco de recelo. Solía ser muy asquenta con las cosas ajenas; me gustaban mis cosas, mi casa y mi comodidad. No tuve mucho tiempo para instalarme e indagar; apenas tiré mis cosas y nos fuimos directo a la escuela de buceo que se encontraba en el mismo condominio de cabañas, un terreno lleno de árboles y tierra, muy playero y lindo.

De inmediato me acordé de mi padre, que solía contarme que en su infancia iba muy seguido a vacacionar a Pichidangui. ¿Conocería este lugar? Seguro que sí. Dejé de lado mis pensamientos y entré a la escuela de buceo.

De pronto lo vi ahí, sentado. Pablo estaba en una banca con el equipo de buceo a su lado. Piel bronceada, pelo castaño despeinado y una sonrisa que transmitía calma. Debía tener unos treinta y pico años, pero las líneas de expresión en su rostro hablaban de muchas horas bajo el sol y del mar como hogar.

—¡Hola, Mor! Me presento. Soy Pablo, ¡y voy a ser tu instructor de buceo!

Me dio un abrazo cálido y aprovechó para presentar también al dueño de la escuela, que parecía un tanto más mayor que él y de piel más morena. Me pareció un poco más tosco, no tan amable en contraste con lo que sería mi instructor. Intercambiamos un saludo amigable y me senté en una banca larga de madera algo desgastada, imagino que por la brisa salada a la que se exponía todos los días.

—Hoy vamos a conocer nuestro equipo y hacer la primera sesión en la piscina. Mañana iremos a aguas abiertas, el mar.

Pablo comenzó a hablar, explicando cada pieza del equipo con detalle. Intentaba concentrarme, pero mi cabeza se iba por su propio rumbo. La verdad es que no pensé que bucear fuera tan complejo o, más que complejo, que tuviera tanto detalle. Había leído el material teórico antes de venir, pero ahora, viendo los tanques, reguladores, chalecos inflables, me daba cuenta de que no era tan simple como solo sumergirse. Había ciencia y física involucrada; en esa clase tenía que pensar o, al menos, concentrarme. Estaba cansada, pero todo me parecía muy interesante: estaba a punto de descubrir un mundo entero.

—¿Dudas hasta ahora? —preguntó Pablo, levantando una ceja y sonriendo.

Me reí nerviosa.

—Muchas, pero te las iré preguntando en el camino.

—De seguro —soltó una carcajada. —¡Vamos a la piscina!

Estaba abrigada con mi chiporro favorito y mi gorro de lana y aun así el frío recorría mi cuerpo. A pesar del día soleado, sentía el viento frío clásico de las costas de mi país estremecerme. Era agosto, estábamos en temporada de otoño y vaya que se notaba.

—No te preocupes —dijo Pablo, al ver mi cara de espanto. —Ponte el traje de neopreno y verás cómo todo cambia.